

Germinal

SEMANARIO REPUBLICANO

SUSCRIPCIÓN:

Un mes. 50 cénts.

Número suelto 10 "

REDACCIÓN Y

ADMINISTRACIÓN

Jara, 18, bajo

Año I.—Núm. 6

Cartagena 9 de Agosto de 1919

Tercera Época

DEL MOMENTO

EL ALMA DE LAS REVOLUCIONES

En medio del regocijo general cayó el Gobierno mauro-ciervista que hace unos meses, y causando verdaderamente asombro en la opinión pública, ocupara el poder, quién sabe si por secretas y traidoras combinaciones de hombres llamados liberales.

Fué el Gobierno que ha cesado algo extraño en nuestra política contemporánea; algo que nos puso de espaldas al espíritu democrático que reina en todo el mundo, algo que dió la triste sensación de que España había caído en el barranco del desprestigio, de donde no habría de salir si una fuerte reacción del elemento izquierdista, torpemente entregado a la inútil tarea de combatir fantasmas, no marcaba un nuevo rumbo en la política nacional, haciendo que la opinión pública, dormida, aletargada, insensible, se alzase contra los hombres de 1909, arrojándoles del poder que no debieron ocupar.

Llegó al fin el momento, de que Maurra y Cierva abandonasen el banco azul, quizá para no ocuparlo jamás; mas justo es confesar que la caída no fué obra exclusiva de las izquierdas españolas. Estas no habían realizado todavía la noble labor de levantar el espíritu democrático del país, concitando contra los reaccionarios gobernantes las iras populares. Fué preciso que unos cuantos conservadores, libres de la influencia perniciosa del mauro-ciervismo, votasen contra el Gobierno para que éste huyese del poder.

Y no fueron las izquierdas, porque éstas, que declararon facciosas las Cortes actuales, acudieron a sus escaños del Congreso, en vez de dedicar sus actividades a laborar en las sombras, preparando un verdadero movimiento de protesta que diese al traste con cuantos obstáculos tradicionales se oponen a la marcha progresiva y democrática del país.

No hemos de culpar, sin embargo, a los hombres todos de los partidos antidinásticos, pues sabido es que para producir un choque hace falta la concurrencia de elementos distintos, aunque encaminados todos a crear un estado de conciencia capaz de revolucionar a las masas.

En nuestro país existen hombres en las filas del republicanismo que, como Lerroux, son capaces, con su acción y

su palabra, de arrastrar al pueblo a las barricadas; pero esto no es suficiente, ni representa en realidad nada.

Se habla un día y otro de revolución, como si estos grandes movimientos populares pudiesen surgir por la sola voluntad de unos cuantos hombres de corazón, y aun iluminados con la luz de grandes ideales.

Para realizar una revolución que represente la protesta viva y violenta de las masas sociales contra los poderes corrompidos y caducos, es preciso que el espíritu revolucionario aliente en todos los corazones e ilumine los cerebros, pues una convulsión que transforme los fundamentos de una sociedad, no puede ser un motín engendrador del desorden y alentador de otros reprimidos. La revolución, como decía el gran tribuno Salmerón, «es santa»; la revolución, que es la fuerza, ha de ser lo que «sane y restablezca el Derecho corrompido y quebrantado»; la revolución ha de tener como clave fundamental un contenido ideológico tan definido y concreto, que una vez pasada la violencia de los primeros instantes, sea como el agua turbulenta que al inundar los campos yermos y sin vida, les haga fecundos y les prepare a recibir la semilla que germine lozana y sea como el nuncio de días prósperos y felices, llevando a todas partes el contenido de sus ideas.

¿Y dónde está en nuestra sociedad española, entregada al más negro de los pesimismo y la mayor de las indiferencias, ese espíritu revolucionario? No bastan caudillos decididos y entusiastas; precisan filósofos que moldeen las conciencias, poetas que al son vibrante de sus liras exalten el entusiasmo, tribunos que con su palabra cálida anatematicen a esos poderes corrompidos, para que la suma de todas estas energías hagan que el alma colectiva se sienta consciente de sus altas funciones ciudadanas y dispuesta al sacrificio, por grande y penoso que éste sea.

Así, la revolución de Septiembre, engendrada por el entusiasmo popular y las enseñanzas de filósofos como Sanz del Río y la gran falange de intelectuales de la época, llegó a ser una realidad, desbordando la indignación del pueblo y derribando un trono corrompido por las más negras concupiscencias. Pero aun aquella revolución, que algunos llama

man gloriosa, lo fué a medias, pues que quitó del trono un rey para colocar en él a otro, es decir, no fué la lucha de ideas contra otra idea, de un sistema contra otro, de un estado social contra otro estado social; fué más bien la lucha de unos cuantos políticos fracasados contra una familia reinante, no el choque romántico del espíritu reaccionario y monárquico de la época contra una verdadera democracia que brindaba libertad, justicia y República.

Y así vimos, cómo aquellos hombres septembrinos fueron amoldándose a las dulces cortesías y halagos palaciegos, y cómo asaletaron a la fugaz República, nacida, no por el sacrificio del pueblo republicano, sino por un azar que trajo a este mundo como pudo traer a don Carlos.

Las llamadas gentes de orden, aquellas que al amparo de las corruptelas de las leyes y de los favores del poder llegaron a enriquecerse, quizá por medios ilícitos, son quienes abominan de la revolución, y aun muchas gentes sencillas, desprovistas de ideales y amoldando su miserable vida al pequeño destino o a la renta insignificante, tiemblan ante los movimientos revolucionarios, como si de ellos fuesen a surgir todas sus desdichas y miserias.

Y esto, que es una triste realidad, esto que, por la incultura ciudadana vive aferrado al alma de nuestras clases, de la alta y media burguesía, sólo puede contrarrestarse con una labor continua de educación de los espíritus y noble exaltación de las ideas.

Pi Margall, aquel gran político que vivió siempre consagrado a sus ideales, decía: «La revolución abre a las naciones nuevos rumbos y nuevos horizontes y las lleva con paso firme al reino de la justicia. No se la evoca con voces ni con más o menos fingidos entusiasmos, sino esparciendo a la luz del día las ideas y guardando en la sombra las espadas». Y decía bien aquel virtuoso de la política. Es preciso esparcir las ideas, para que al germinar den cosechas abundantes que nutran el cuerpo social, colocándole en actitud de defender vigorosamente las libertades públicas, punto de partida para todo progreso y toda civilización.

Pero las revoluciones no pueden estar inspiradas siempre en los mismos principios. Para que tengan eficacia y fuer-

za en la opinión es preciso que se adapten al momento psicológico de la época, y así unas veces responden a sentimientos exclusivamente políticos y otras a transformaciones económicas de la sociedad, siendo ejemplo de esta afirmación aquella gloriosa revolución francesa, en la que se afirmaron los derechos del hombre, y esta otra porque en estos instantes atraviesa Rusia, en la que, sobre los horrores naturales de toda convulsión social, se afirma cada día con más solidez la transformación del régimen económico y de propiedad y la necesidad imperiosa de que todos los hombres produzcan para la colectividad.

Revoluciones como la francesa y la rusa no surgieron, sin embargo, espontáneamente. Fueron incubándose día tras día al calor de las predicaciones de filósofos, poetas y tribunos, siendo el despotismo de aquella época y la miseria de ésta, los elementos que sirvieron de mecha y encendieron la llama de la protesta.

Filósofos, poetas, tribunos, he ahí las armas más poderosas que los pueblos deben emplear para destruir regímenes. Lo otro, la fuerza, es lo pasajero y momentáneo, es como la explosión del barrenado, que previamente fué preparándose, taladrando la roca y cargándole de explosivos.

J. Antonio L. Sánchez-Solis.

Murcia y Julio 1919.

RECTIFICACIÓN

No es cierto que, como ha dicho un periódico local, los diputados republicanos y socialistas votaran al Sr. Sánchez Guerra para la presidencia del Congreso.

Cierva, tatuado con un 1909, y Sánchez Guerra, tatuado también con un 1917, son dos políticos igualmente odiosos para los republicanos y socialistas; la condición de caciques que los dos ostentan, y los sentimientos sanguinarios de que hacen gala, son razones más que suficientes para que republicanos y socialistas se abstengan de votar o voten en blanco, en casos análogos, mientras no tengan ocasión de hacer con ellos otra cosa.